

# Y algo más acerca de Cervantes: «¡Eso, no! ¡... Así es la verdad!» «Las solícitas y discretas abejas»

HENRI RECOULES

Dedicamos estas cuantas líneas, sacadas del corto ingenio de un «vejete» de ochenta y cinco años que no ha escrito ni una palabra desde hace un cuarto de siglo, a todos los eruditos españoles, franceses y de otros países que nos comunicaron su afición al teatro del siglo de oro. Que descansen en paz, «contentos» como decía Cervantes a sus «regocijados amigos» a los cuales esperaba en la otra vida<sup>1</sup>.

«Contentos, regocijados amigos». Nos llaman la atención estas palabras. Si nos detenemos algún tanto en la obra de Cervantes, nos damos cuenta de que casi siempre se ríe o nos hace reír. Cuantas veces al leer las aventuras del famoso caballero o las réplicas de los personajes de los entremeses ha brotado la sonrisa en nuestros labios, sonrisa que muy a menudo se transforma en sonora carcajada. Por ejemplo, tratemos de leer el episodio del «retablo de Maese Pedro» o los entremeses de «La elección...» del «retablo de las maravillas» sin sonreír o reír a carcajadas. Es cosa imposible.

Claro que de vez en cuando, se interrumpe la risa, se apaga la carcajada. Y eso porque de repente ha surgido una reflexión de Cervantes, por ejemplo cuando exclama: «¡Eso, no!» o «¡Así es la verdad!».

«Eso, no!» traduce la indignación de Cervantes y a veces su ira. «¡Así es la verdad!», muestra su resignación. Cuando se trata de teatro, esas exclamaciones, nos parece que Cervantes las suelta con más fuerza. Habla entonces Cervantes autor dramático por boca de sus personajes, que se trate del cura del «Don Quijote» o de Maese Pedro.

Nos parece inevitable, ya que se ha escrito mucho a propósito de la obra de Cervantes y que no hemos leído cuanto se ha escrito, que algunos críticos

1. Cervantes: «Persiles...», *Obras completas*, Aguilar 1952, p. 1529.

más duchos que nosotros y más agudos ya hayan mentado en sus escritos esa resignación y esa indignación de Cervantes. No los podemos mentar aquí pues ignoramos lo que han escrito. Hace más de un cuarto de siglo, ya lo hemos dicho, que no escribimos línea alguna ni que leemos críticas, pues con los años se nos va la vista. A todos les pedimos perdón por nuestra profunda ignorancia. No hemos hurtado nada a nadie.

Es muy evidente que si volviera a vivir entre nosotros se asombraría Cervantes al leer todo lo que se ha escrito y se ha dicho sobre su obra. Tal vez dijera a aquellos insignes críticos lo que decía don Quijote al muchacho de Maese Pedro que comentaba las figuras del retablo: «Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala...». «No te metas en dibujos» ya le había, aconsejado Maese Pedro. Puede ser también que se reiría.

A nosotros nos parece que lo esencial para él es la risa. No se equivoca el estudiante del prólogo del «Persiles» cuando dice al encontrar a Cervantes en el camino:

«Si, si; éste es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y, finalmente, el regocijo de las Musas»<sup>2</sup>.

Al oír los elogios del estudiante, Cervantes, con su acostumbrada modestia, lo interrumpe. Habla de su muerte tan próxima y nos lo representamos como a su Don Quijote cuando «pensativo y derrotado iba camino de su aldea».

Notamos que en la obra de Cervantes que se publicó poco antes de su desaparición siempre asoma esa nota de pesimismo cuando alude a su muerte. Los prólogos y las obras ellas mismas denotan esa tristeza latente. ¿No es una como resignación apenada la que notamos aquí?

Pero como ya lo hemos dicho, resignación e indignación asoman sobre todo cuando hay alusiones al teatro.

Cervantes escribió, él mismo lo afirma, muchas comedias. Conoció el triunfo en los corrales. Pero, como lo dice muy bien, tuvo otras cosas en que ocuparse. Después de muchos años, cuando quiso volver a ofrecer obras teatrales, autores y comediantes no las aceptaron. Su decepción asoma en muchos de sus escritos.

Los tiempos habían cambiado. Nos lo explica con amargura:

«no hallé pájaros en los nidos de antano, quiero decir que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabían que las tenía, y así las arrinconé en un cofre y las consagré y condené al perpetuo silencio»<sup>3</sup>.

Pensemos también en el poeta del «Coloquio de los perros». Mientras lee su comedia a la compañía de representantes, éstos, uno después de otro se marchan y cuando vuelven es para mantear al pobre poeta infeliz.

2. *ut supra*, p. 1528.

3. Cervantes: «Comedias y entremeses, Prologo al lector», *Obras completas*, Aguilar, p. 180.

En estas palabras del prólogo de sus «Comedias y entremeses», advertimos mucha tristeza. Cervantes añora el pasado. Los tiempos en que estos mismos autores venían a pedirle obras teatrales ya no existen. Sin embargo, el orgullo sigue muy vivo: «porque ni los autores me buscan ni yo les voy a buscar a ellos» añade<sup>4</sup>. Asoma una pizca de envidia, de celos: «los autores... tienen sus poetas paniaguados y les va bien con ellos».

Nos da muchos informes sobre la actitud de Cervantes la «Adjunta al Parnaso». Aquí hay algo más que la nostalgia, la añoranza del pasado, la pérdida de «una edad de oro».

Se trata del encuentro de Cervantes con el poeta Pancracio de Roncesvalles que se queja pues ha compuesto muchas comedias y solo una se ha representado. Nos parece oír las mismas quejas en la boca de Cervantes: «la causa fué que la achacaron que era larga en los razonamientos, no muy pura en los versos y desmayada en la invención». Y sigue diciendo el desdichado Pancracio: «No pudieron juzgarla porque no la dejaron acabar, según la gritaron.»

Cuando el autor porfió en representarla, «cinco personas vinieron apenas»<sup>5</sup>.

El que esta hablando ya no es Pancracio, es el mismo Cervantes, cuanto mas que todo ello es una alusión amarga a la realidad. Pensemos en la suerte que a veces reservan los comediantes o el público de los corrales de comedias a una obra teatral<sup>6</sup>.

Pancracio describe la alegría del poeta cuya comedia se representa con éxito, éxito que conoció el mismo Cervantes: «Cosa de grandísimo gusto y de no menos importancia ver salir mucha gente de la comedia, todos contentos y estar el poeta a la puerta del teatro recibiendo parabienes de todos»<sup>7</sup>.

Todo cuanto acaba de decirle Pancracio, Cervantes lo conoce a expensas suyas. Sin embargo trata de reconfortarlo y le dice que él mismo ha compuesto «seis comedias y seis entremeses». Añade que los va a dar a la imprenta. Podemos preguntarnos por qué nos habla aquí Cervantes de seis comedias y de seis entremeses y cuando se publican encontramos ocho comedias y ocho entremeses. Nos extraña esto sobre todo si comparamos la fecha de publicación de la «Adjunta...» con la fecha de la publicación de las «Comedias y entremeses». Pensamos en dos soluciones en cuanto a los entremeses. O bien Cervantes añadió para la imprenta los dos entremeses en versos («Rufián viudo» y «Elección...») o bien añadió los dos entremeses con gente del campo («La elección...» y «El retablo...»). Actualmente, no podemos aclarar este problema. Diremos por fin que notamos la misma actitud y las mismas advertencias de Cervantes en los prólogos de esas dos publicaciones.

4. Cervantes: «Adjunta al Parnaso», *Obras completas*, Aguilar, p. 105.

5. *ut supra*, p. 105.

6. Henri Recoules: «Les allusions au théâtre et à la vie théâtrale dans le roman espagnol de la première moitié du XVIIe siècle», *Dramaturgie et société*, CNRS 1968.

7. Cervantes: «Adjunta al Parnaso», *Obras completas...*, *op. cit.*, p. 105.

En el prólogo de sus «Comedias y entremeses» aparecen las mismas advertencias que en la «Adjunta al Parnaso».

Queremos ahora aclarar dos puntos significativos: la actitud de Cervantes frente a las comedias que se representan y su actitud frente a Lope de Vega.

Todos sabemos que para una persona de edad bastante avanzada: «cualquier tiempo pasado fue mejor».

Pero eso no explica totalmente la actitud de Cervantes tan pronto como habla de teatro.

¿Cual es el estado de la comedia a principios del siglo XVII?

Las dos palabras que brotan bajo la pluma de Cervantes cuando habla de este asunto son: «disparates», «impropiedades». Leamos lo que él dice:

«Adios, teatros públicos honrados  
por la ignorancia que ensalzada veo  
en cien mil disparates recitados»<sup>8</sup>.

Muchas veces se ha mentado el capítulo XLVIII del «Quijote». Se trata de la plática que tuvieron el cura y el canónigo. El cura habla de teatro. Cuando alude a las comedias que se representan el dice: «no esta la falta en el vulgo que pide disparates sino en aquellos que no saben representar otra cosa».

Y el cura alude entonces al «antiguo rencor que tengo; con las comedias que ahora se usan». Añade que la comedia debe entretener y divertir a «la comunidad».

El cura sigue explicando: ¿quién tiene la culpa? No la tienen, según dice, los poetas que las componen pues conocen su error en hacerlas pero dicen que los representantes no se las comprarían si no fueran al uso, «de este jaez». Recuerda entonces la suerte de los recitantes obligados a huir, perseguidos por el vulgo de los corrales cuando representan obras diferentes.

En el «retablo de las maravillas» Maese Pedro presenta los mismos argumentos: «no se representan por ahí, casi de ordinario, mil comedias, llenas de mil impropiedades y disparates, y, con todo eso, corren felicisimamente su carrera, y se escuchan no solo con aplauso, sino con admiración y todo»<sup>9</sup>.

Vemos en este capítulo del «Quijote» la indignación del Caballero cuando el muchacho habla de campanas entre los moros y su resignación al oír las explicaciones de Maese Pedro. Pero es una falsa resignación y tanto lo de las campanas como las palabras de Maese Pedro a propósito de las comedias al uso no se le va de la mente a don Quijote. Por eso, cuando la «mal nacida canalla» persigue a los desdichados amantes, Don Quijote se levanta «de un brinco» y destroza a todos los títeres. Esta furia del Caballero, ¿no se desencadena bajo un pretexto como serán pretextos de la ira de los aldeanos de

8. Cervantes: «Viaje al Parnaso», *Obras completas, op. cit.*, p. 67.

9. Cervantes: «Don Quijote...», *Obras completas, op. cit.*, p. 1364.

«La elección...» o del «Retablo...» la llegada del sacristán o la llegada del furrier? ¿Por qué «toma la hinch» Benito Repollo con Rabelin a quien trata de «sabendija» y de «músico de entresueños» y por qué lo aporrea cuando se concluye el entremés en la mayor confusión? No son más que pretextos para aliviantar la ira contenida? No subraya la actitud de don Quijote la indignación de Cervantes frente a las comedias al uso, frente también a los representantes que desechan sus obras dramáticas? La furia súbita de don Quijote contra los títeres evoca para nosotros la ira contenida de Cervantes para con los autores y los comediantes.

Además, cuando Benito Repollo aporrea a Rabelin, esto parece ser un guiño que dirige Cervantes a los entremesistas que terminaban sus obras «a palos».

Hay que resignarse pues los representantes no compran las comedias que no contienen disparates. Cervantes no tiene una buena opinión del teatro de su tiempo. Se resigna pero al mismo tiempo se indigna.

Quién pues reina en los corrales? Cual es el poeta que se lleva los sufragios de todos, autores, comediantes y vulgo del corral?

Es la época en que corre una frase muy corta que ablanda el corazón de los autores y de todos los representantes. Cuando se dice de una comedia: «Es de Lope» las puertas del corral se abren, abren los brazos autores y representantes para acoger lo que consideran como una obra maestra y sobre todo la obra que va a permitirles recoger los aplausos de todos los espectadores. Cuando los vecinos de Madrid o de otra ciudad leen en los carteles de las esquinas que se va a representar una comedia de Lope una multitud invade los corrales de comedias.

«Entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes, llenó el mundo de comedias propias, felices...», dice Cervantes en el prólogo de sus «Comedias y entremeses»<sup>10</sup>. Siguen luego otras alabanzas «al gran Lope».

El cura del Quijote dice casi lo mismo de Lope: «felicísimo ingenio» a quien dirige muchas alabanzas. Sin embargo matiza sus encomios con unas advertencias que nos recuerdan el consejo que da uno de los perros del «Coloquio», Cipión, a su compañero Berganza: «Murmura, pica y pasa y sea tu intención limpia aunque la lengua no lo parezca»<sup>11</sup>. Después de las alabanzas evoca el cura a un ingenio famoso que «por querer acomodarse al gusto de los representantes» compuso comedias que no fueron perfectas.

Cervantes dice pues, pero, sin insistir, que todo no es perfecto en Lope<sup>12</sup>.

Encontramos también en «Las aventuras del bachiller Trapazas» de Castillo Solorzano publicado en 1637 alabanzas para Lope de Vega «un fénix de

10. Cervantes: «Comedias y entremeses», Prólogo al lector, *Obras completas, op. cit.*, p. 180.

11. Cervantes: «Coloquio de los perros», *Obras completas, op. cit.*, p. 1001.

12. Cervantes: «Don Quijote...», *Obras completas, op. cit.*, p. 1263.

la poesía» pero no apuntamos en la lista de los autores dramáticos mentados el nombre de Cervantes<sup>13</sup>.

En el prólogo de sus «Comedias y entremeses» advertimos una como reacción frente a la gran fama de Lope:

«Y aquí entra el salir yo de los límites de mi llaneza».

Entonces enumera lo que él invento, hace ya algún tiempo: la reducción de las jornadas de cinco a tres, la introducción en el teatro de figuras morales, la composición de veinte o treinta comedias que tuvieron mucho éxito. Parece que Cervantes quiere decir que él también como Lope fue un autor dramático aplaudido y famoso.

Última reacción de Cervantes, autor dramático ignorado por los autores y los representantes. Ya que no puede ser representado, le queda la imprenta. Vende sus comedias y sus entremeses a un librero y última venganza del poeta abandonado por los corrales de comedias:

«yo cogí mi dinero con suavidad sin tener cuenta con dimes y dirétes de recitantes»<sup>14</sup>.

Pues no cabe duda alguna, Cervantes se resigna pero se indigna también a lo largo de su vida y a lo largo de su obra. Su reacción indignada alcanza un grado más elevado cuando se trata de teatro.

Si Cervantes se jacta de haber inventado mucho, no alude a los empréstitos que hizo consciente o inconscientemente. Muchas veces en sus obras o en los prólogos de sus obras celebra los nombres de los que lo precedieron en la bellas letras. Daremos solo dos ejemplos: en el «Viaje al Parnaso» o en el prólogo de sus «Comedias y entremeses». Los celebra con muchas alabanzas pero nunca confiesa lo que les debe. ¿Por qué?

Cervantes es como las «solicitas y discretas abejas» de las cuales nos habla en su célebre discurso a los cabreros en el capítulo XI de la parte primera del «Quijote»:

«... formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano, sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo»<sup>15</sup>.

La abeja va de flor en flor, libando su néctar, vuelve a su colmena y allí va elaborando algo muy suyo: la miel. Cervantes que lee muchísimo va de libro en libro, recoge un néctar y luego elabora su miel, es decir las obras maestras que engendra su famoso ingenio. Como para las abejas no se puede hablar

13. Castillo Solorzano: «Aventuras del bachiller Trapazas», *La novela picaresca*, Aguilar 1968, p. 1501.

14. Cervantes: «Comedias y entremeses», Prólogo al lector, *Obras completas, op. cit.*, p. 180.

15. Cervantes: «Don Quijote...», *Obras completas, ut supra*, p. 1067.

de robo, de hurto. Solo es un empréstito fugaz que Cervantes restituye bajo la forma de obras inmortales. Ha cosechado y la cosecha se ha transformado en una producción original.

Para ilustrar lo que acabamos de decir daremos un ejemplo característico de aquella transformación de néctar en miel.

Hace muchos años habíamos escrito unas advertencias a propósito de los nombres de personajes de los entremeses de Cervantes comparándolos con los nombres de personajes de Lucas Fernández. Estas páginas dormían en un cajón cuando pensamos en ellas. Volvimos a leerlas y nos determinamos a «remendarlas» tal como lo hacía el poeta remendón del «Buscón» de Quevedo<sup>16</sup>. Tratemos de presentar estos remiendos.

Todos los que han leído los entremeses de Cervantes se han dado cuenta de la comicidad de los nombres de los personajes, más particularmente en los dos entremeses «rústicos» («La elección de los alcaldes de Daganzo» y «El retablo de las maravillas»). Recordemos aquí estos nombres: el bachiller Pezuña, el escribano Pedro Estornudo, los regidores Panduro y Alonso Algarrobo, y los cuatro «pretensores» o pretendientes: Humillos, Rana, Berrocal y Jarrete («La elección...»); Chanfalla, La Chirinos, Rabelin, el alcalde Benito Repollo, el regidor Juan Castrado, el escribano Pedro Capacho, y el Licenciado Gomecillos («El retablo...»). A nadie se le escapa la comicidad de estos nombres. No volveremos sobre su significado pues Mauricio Molho con su perspicacia habitual y su agudeza de ingenio ya estudió el sentido de la mayor parte de ellos.

Cervantes, cuando escoge estos nombres, se remonta a los albores del teatro español. En efecto, ya en las obras de Gil Vicente, Encina y Lucas Fernández notamos esta característica. Ya sabemos que los nombres de Bras, Benito, Mingo, Gil, Berrueco fueron los que más utilizaron en sus obras: autos, farsas, églogas o comedias. Ya en nuestra tesis doctoral, hemos señalado la frecuencia de estos nombres en los entremeses del siglo XVII<sup>17</sup>.

La lectura de esos entremeses del siglo XVII muestra que los entremesistas han utilizado muy a menudo esta clase de comicidad. Nos limitaremos a mentar algunos ejemplos muy elocuentes:

Juan Rana que fue el seudónimo escogido por el mejor gracioso de la época, Cosme Pérez, que asoma en un sin fin de entremeses, de Quiñones de Benavente por ejemplo.

Doña Perezza, Doña Codicia, Doña Yema que fueron nombres de dueñas.

Berengeno, Cachivache, Cebolleta, Chinela, Chispa, Lenteja, Mamacallos, Poca Ropa, Reponce, Zaranda, nombres de sacristanes (el sacristán es el personaje más frecuente en las piezas intermedias del siglo de oro).

Doña Brújula, Doña Embeleco, Doña Estafa, Doña Graja, Doña Tenaza, Tomasa: nombres sabrosos de cortesanas.

16. Quevedo: «El buscon...», *Clásicos castellanos*, p. 197.

17. Henri Recoules: «Les intermèdes des collections imprimées: vision caricaturale de la société espagnole du XVIIe siècle», Service de reproduction des thèses, Université de Lille III, 1973, 2 tomes, 1274 pages (Index des personnages).

Doña Purga era el nombre elocuente de la mujer de un boticario (subrayamos estos nombres para llamar la atención sobre su comicidad). Cualquier lector se da cuenta de que los entremesistas utilizan estos nombres en son de burla. Algunos, los hemos encontrado ya en obras no muy serias de los siglos anteriores a Cervantes. Los entremesistas siguen pues una tradición, muy arraigada en el teatro español, la de los nombres, cómicos, burlescos o grotescos de sus personajes, nombres que contribuyen a subrayar su aspecto caricatural. Cervantes utilizó ampliamente esta clase de comicidad en su «Quijote» por ejemplo o en otras de sus obras: Macho, regidor en «Pedro de Urdemalas», Cariharta y Silbato en «Rinconete y Cortadillo», etc. Dejemos aquí esta lista que vendría a ser un cuento de nunca acabar.

Apuntamos también entre los nombres de los personajes de los entremeses del siglo XVII, la presencia de nombres que evocan directamente el campo: Alcachofa, Alcaparrilla, Berrocal, Berrueco, Berza, Cebolleta, Graja, Lenteja, Mochuelo, Moscon, Pilonga, Repollo, Tábano.

Notamos también la multitud de alcaldes y de regidores de pueblos y aldeas. Están presentes además muchos labradores, villanos y zagales.

Numerosos son pues los entremeses cuyos protagonistas son aldeanos o campesinos. Es una prueba innegable de que la tradición de los personajes rústicos tan frecuentes en la obra de los precursores de Cervantes y de los entremesistas del siglo XVII perdura en sus obras teatrales.

En Gil Vicente, Encina, o Lucas Fernández los aldeanos o los campesinos son casi siempre los «bobos» de la obra teatral, verdaderos abuelos, ya se sabe, del gracioso o figura del donaire del siglo XVII. La presencia de esos bobos en aquel teatro primitivo se explica muy fácilmente. En efecto, sabemos que las funciones teatrales en aquel entonces se verificaban ya en un escenario rústico, como por ejemplo la representación de la «Comedia en lenguaje y estilo pastoril» de Lucas Fernández, o en palacios o castillos en presencia de un auditorio de nobles. Por eso, los autores dramáticos procuraban presentar a su público personajes del campo muy torpes en su modo de hablar y de actuar. El «bobo» era pues un Gil, un Anton Ejido o un Gil Guijarro. La ignorancia de esos campesinos burdos provocaba la risa de los espectadores nobles, ricos o acomodados que soltaban la carcajada al ver que entre los santos invocados por el necio villano se metían de vez en cuando un San Junco, un San Pito o un San Cerezo muy extraños. Al mismo tiempo, los espectadores del campo se reían de esos villanos desmañados y torpes, pensando que ellos les eran muy superiores, que ellos no decían tales torpezas, que nunca se portarían de esa manera.

Las farsas y églogas de Lucas Fernández<sup>18</sup> se imprimieron por primera vez en Salamanca en 1514. Cervantes aficionado al teatro y a la lectura (él mismo lo dice repetidas veces) conoció sin duda alguna la obra del ilustre Salmantino. Se dio cuenta de la intención paródica que iba guiando a Lucas

18. Lucas Fernández: «Farsas y églogas», ed. de María Josefa Canellada, *Clásicos Castalia*, 349 pp., pp. 81-101.

Fernández en la elaboración de su obra. No cabe duda alguna para nosotros de que la obra de Lucas Fernández tuvo repercusiones o influencias directas o indirectas, conscientes o inconscientes en la obra cervantina<sup>19</sup>.

Fuera de la utilización de nombres burlescos de personajes, otros detalles ofrecen algún parecido, alguna semejanza que nos proponemos poner ahora de realce. Y, esa huella de la obra del Salmantino en Cervantes nos parece muy patente en los dos entremeses «rústicos».

Cuando leemos la «Comedia en lenguaje y estilo pastoril en la cual se introducen dos pastores y dos pastoras y un viejo» notamos algunas coincidencias con los dos entremeses.

Se trata, en primer lugar, del nombre de los personajes.

Fijémonos en ellos: Miguel Jarrete, Benito Repollo, Juan Berrocal.

En la comedia de Lucas Fernández, Juan Benito, el abuelo de Beringuella, acaba de sorprender a su nieta, en compañía de su enamorado, el pastor Bras Gil. Se enfurece contra los dos jóvenes, mas particularmente contra Bras Gil. Un amigo Miguel Turra trata de meter paz entre el viejo y el joven. Aconseja un casamiento.

Escuchemos como le contesta Juan Benito:

«Buen consejo es comunal  
Mas la casta no se iguala  
Dél con el de la zagala  
En valer en el caudal».

La reacción de Bras Gil es inmediata:

«Nieto so yo de Pascual  
Y aun hijo de Juan Gilete  
Sobrino de Juan Jarrete  
El que vive en Berrocal  
Papiharto y el Zancudo  
son mis primos caronales  
y Juan de los Bodonales  
y Anton Prabos Bollorudo...»

Sigue luego una retahilo de nombres que constituyen la genealogía de, Bras Gil entre los cuales apuntamos: Brasco Moro, el Papudo, Juan Jabato, Juan Cuajar y Espulgazorras. Claro que al oír esta serie de nombres burlescos el público elegante de la obra teatral se desternillaba de risa. También había de estallar la carcajada entre los aldeano y labradores del auditorio.

Entre todos los nombres que acabamos de mentar, algunos son nombres que suelen llevar los que viven en el campo, y que llevan también los campesinos del teatro anterior a Cervantes. Los demás pueden ser apodos utilizados entre la gente del campo o nombres inventados por los autores dramáticos de aquel entonces para provocar la risa del auditorio.

19. *ut supra*, pp. 95-96.

Detengámonos en los nombres de Juan Benito, Miguel Turra Juan Jarrete y Berrocal de la comedia ya mentada («Comedia en lenguaje y estilo pastoril»). Podemos compararlos con los nombres de los protagonistas de Cervantes: Benito Repollo, Miguel Jarrete, Juan Berrocal.

Las coincidencias parecen evidentes. Hay una contaminación consciente o inconsciente.

Notemos que, en Lucas Fernández, Berrocal es el nombre de un lugar y en Cervantes, es el nombre de un personaje. Advirtamos que Berrocal es el nombre de un personaje también en el «Quijote». Aparece en el canto de Antonio del capítulo XI de la primera parte<sup>20</sup>.

Los aldeanos de Cervantes como los de Lucas Fernández se expresan con dificultad. Si Prabos del Carrascal («Farsa o quasi comedia») confunde «alabarda» y «albarda», Benito Repollo («Retablo...») transforma «ciceroniana» en «ciceronianca» y «ante omnia» en «Antona». El regidor Panduro invoca a «San Junco» y su compañero Algarroba invoca a «San Pito».

Ya lo vemos pues, tan torpes y tan ignorantes como los pastores de Lucas Fernández son los aldeanos de Cervantes.

En la obra del Salmantino, la ironía y la burla no ahorran al clero. No deja de sorprendernos esta audacia que es un atrevimiento peligroso para la época:

«Y aun el crego, esta otoñada,  
de amor andaba aburrido  
por Juana la desposada,  
acosada  
la traía el dolorido»

dice el pastor de la «Farsa o quasi comedia»<sup>21</sup>:

«Yo os desposo, yo os desposo,  
aunque no so de corona»

exclama el pastor Pascual en otra «Farsa o quasi comedia»<sup>22</sup>.

No nos recuerdan estas palabras las del sacristán de «La elección...» amenazado, de manteamiento:

«Miren que les intimo que soy presbiter...  
Yo, presbitero  
o de prima tonsura que es lo mismo»<sup>23</sup>.

20. Cervantes: «Don Quijote...», *Obras completas, op. cit.*, p. 1068. (En su canto, Antonio alude a una zagala: «Teresa del Berrocal».)

21. Lucas Fernández, *op. cit.*, p. 152.

22. *ut supra*, p. 118.

23. Cervantes «La elección...», *Obras completas, op. cit.*, p. 562.

Cervantes no se burla de un clérigo sino de un sacristán, manteado a pesar de sus amenazas. Sabemos que el sacristán es el sustituto del clérigo en el teatro del siglo de oro. No tiene consecuencias para un autor dramático burlarse de un sacristán o de un «sota-sacristán».

Hemos visto que en la comedia de Lucas Fernández, Juan Benito alude a la casta de Bras Gil. Al evocar este problema de la «casta», se introduce uno de los temas más importantes de aquellos tiempos y de los tiempos posteriores: el tema de la «limpieza de sangre». ¿Era «cristiano nuevo» Lucas Fernández?

Esto se ha supuesto muy a menudo<sup>24</sup>. Sea cual fuere su origen, no se puede negar que este tema de la «limpieza de sangre» aparece en su obra fuera de la alusión a la «casta» que hemos notado ya.

En la «Égloga o farsa del nacimiento» Bonifacio, uno de los tres pastores dice:

«Ay, no tengo d'enfengir  
de mi casta y generacion?»  
y añade:  
«Yo soy hijo del herrero  
de Robledales  
y nieto del messeguro.  
Prabos Pascual y el gaytero  
son mis deudos caronales.  
Y aun es mi madre senora  
la hermitana de San Bricio»<sup>25</sup>.

En la «Comedia...» ya mentada Bras Gil, al oír en boca de Juan Benito, la palabra «casta» reacciona inmediatamente. Va ensartando los nombres de sus deudos. Dice quién es su padre, quién es su tío, quiénes son sus primos. Y para rematar esta retahíla de nombres, concluye:

«Pues allá en Navarredonda  
tengo mi madre señora»

Juan Benito pregunta:

«Y, ¿quién es?»

Y Bras Gil contesta:

«La del herrero»<sup>26</sup>.

24. Lucas Fernández: «Farsas...», *op. cit.*, «Introducción biográfica y crítica», p. 10, note 2.

25. *ut supra*, p. 171.

26. *ut supra*, p. 96.

Notamos además que Beringhuella alude en la comedia al «qué dirán» que en aquella época venía a alimentar a menudo los rumores, los chismes de origen sospechoso:

«No estemos más aquí juntos  
que los campos tienen ojos  
lenguas y orejas rastrojos  
y los montes mil barruntos»

alusión a las costumbres de la época y a las calumnias que podían provocar tales encuentros de jóvenes<sup>27</sup>.

En sus entremeses Cervantes no podía prescindir de mentar el problema de la «limpieza de sangre» y de la «casta».

En «La elección...», Humillos afirma:

«Con esto y con ser yo cristiano viejo  
me atrevo a ser un senador romano»

y Jarrete, después de enumerar sus habilidades concluye:

«Y soy cristiano viejo como todos».

Esta última precisión «como todos» expresa el sentimiento de Cervantes sobre el tema y además recuerda un punto de vista análogo de Lucas Fernández en la «Égloga o farsa del Nacimiento». Dice el pastor Gil:

«Todos somos de un terruño  
bajos, altos y mayores,  
pobres, ricos y senores,  
de Aldran viene todo alcurno»<sup>28</sup>.

No vamos a detenernos mucho en los pormenores del famoso «Retablo...». Todos conocemos las diferentes réplicas de los aldeanos después de oír las célebres condiciones que imponen Chanfalla y La Chirinos para que puedan ver las figuras del retablo.

«Cuatro dedos de enjundia de cristiano viejo rancioso tengo sobre los cuatro costados de mi linaje» proclama Benito Repollo.

Cervantes, jugando del vocablo, pone en boca de Juan Castrado estas palabras muy sabrosas:

«que Juan Castrado me llamo, hijo de Antón Castrado y de Juana Macha».

27. *ut supra*, p. 85.

28. *ut supra*, p. 173.

Sigue la ironía cuando Castrado insiste diciéndole a su «hija» (!!!) Juana Castrado que describe los cuernos agudos del toro:

«No fueras tu mi hija y no lo vieras»<sup>29</sup>.

Cervantes no vacila en evocar en son de broma ese tema de «la limpieza de sangre», que tantos abusos engendró en España en los siglos XVI y XVII. Comparte también la opinión de Lucas Fernández en cuanto a la igualdad de todos los hombres por lo que se refiere a su origen.

Así pues, comicidad en los nombres de personajes, introducción de protagonistas «rústicos», planteamiento del problema de «la limpieza de sangre», coincidencias en la utilización de los mismos nombres, opinión idéntica en cuanto al tema de la «casta», todo nos da a pensar en una posible influencia de la obra de Lucas Fernández en los entremeses cervantinos.

Pensamos que cuando Cervantes se divirtió, escribiendo sus dos entremeses «rústicos», no dejó de pensar en los pastores ridículos del Salmantino.

Cada escritor tiene deudas para con sus predecesores y no puede prescindir en absoluto de la tradición. Una de las facetas del genio consiste en elaborar algo nuevo, partiendo de una materia transmitida. Esto, lo consigue Cervantes a las mil maravillas como las «solicitas y discretas abejas» a las cuales evoca don Quijote en su famoso discurso frente a los cabreros, ofreciéndonos aquella miel exquisita de sus obras.

Recibido: 22 de septiembre de 2010

Aceptado: 9 de febrero de 2011

29. Cervantes: «Retablo de las maravillas», *Obras completas, op. cit.*, p. 583.